LA GENIAL IMAGINACIÓN DE VERDAGUER*

por MANUEL DE MONTOLIU

Honrado por los organizadores de esta solemne velada literaria, homenaje que Tarragona rinde al más genial poeta de lengua catalana, Jacinto Verdaguer, con el encargo de abrir el solemne acto con una breve conferencia, estuve vacilante durante algunos días en la elección del tema de mi trabajo. Mi primer propósito fué presentaros en forma esquemática y con carácter crítico un resumen de toda la producción literaria de nuestro insigne vate. Pero decidí renunciar a ello por la imposibilidad de limitar mi labor al reducido espacio de media hora que se me había señalado, dada la ingente masa de la producción de un poeta como Verdaguer que cultivó los más variados géneros de la poesía en obras de considerable extensión. Entonces pensé yo si la ocasión era oportuna para echar mi cuarto a espadas en la polémica que han provocado dos biografías de Verdaguer, publicadas para honrar la memoria del gran poeta en el cincuentenario de su muerte. Pero pronto deseché mi proyecto por estimar que para enaltecer la memoria del autor de *L'Atlàntida* era poco oportuno enfrascarme en una apasionada lucha de opiniones divergentes en un trabajo tan delicado como el de escudriñar secretos inviolables de nuestro poeta-sacerdote. Estos secretos se los llevó a la tumba y resisten y resistirán siempre a la malsana curiosidad de los que no vacilan en profanar el sagrado de la conciencia de un poeta que hubo de recorrer, los pies sangrantes y el corazón lacerado, la calle de la Amargura en medio de sus triunfos y de la más radiante gloria literaria. Creo que en este caso, como en otros semejantes, la mejor biografía que deja un gran poeta a la posteridad es su misma obra y que es en sus versos donde podemos sorprender en su máxima intensidad los latidos de su corazón y su visión personal del mundo y de la vida. Finalmente, con esta convicción firmemente arraigada en mi pensamiento, elegí

* Conferencia leída en el Homenaje a Verdaguer celebrado en el Salón de Actos del Ayuntamiento de Tarragona, con motivo del Cincuentenario de la muerte del gran poeta.

el tema, anunciado en el programa de esta fiesta, tema que, yo sepa, nadie ha estudiado con detención y que tiene la ventaja de que puede ser desarrollado en forma amena para un auditorio culto como el que en estos momentos me hace el honor de escucharme. Las cuartillas que os voy a leer son un extracto de un extenso trabajo sobre el mismo tema que tengo todavía en elaboración.

* * *

El proceso mediante el cual el poeta hace de una materia externa la expresión de su yo es semejante al que le sirve para transformar su propia vibración en figura verbal, esto es, su lenguaje. Partiendo del yo el instinto innato de la forma ejerce su dominio en el mundo externo. Y el resultado es o bien que el yo resulta amplificado por los sedimentos externos que en él se van acumulando, o bien es el mundo lo que se acumula y se llena del yo. He aquí dos tipos fundamentales del instinto de la forma. Uno de ellos puede ser designado con la palabra «atractivo», el otro, con la de «expansivo». El tipo más elevado de la primera especie es, en la poesía, Dante. El tipo más elevado de la segunda especie es Shakespeare. El creador atractivo tiende a transformar el mundo entero en su yo personal o, mejor dicho, a modelarlo a su propia imagen. Siente su yo como centro y símbolo del mundo. En cambio, el creador expansivo tiende a derramar la plenitud de su ser íntimo hacia fuera, hasta que su mismo yo esté extendido por el mundo, y el mundo esté lleno de la energía de su yo desbordante. El no pretende transformar el mundo en su yo, sino que pone su esfuerzo en hacer del mundo su símbolo.

Estas ideas que expuse ya hace años en mi «Breviari crític» las he encontrado expuestas en lo esencial en el magistral libro sobre Goethe, de Federico Gundolf. En la exposición que acabo de hacer de estas observaciones, me he servido del texto del gran crítico alemán para dar un tinte más filosófico a su enunciado.

Nuestro poeta Jacinto Verdaguer está plenamente dentro del tipo expansivo. La más convincente manifestación de su instinto de derramar su yo por el mundo, es precisamente *L'Atlàntida,* ese poema que nos presenta a su autor irresistiblemente impelido a invadir con su yo el infinito cosmos y a hacer rodar su inflamada imaginación como un cometa alucinante, entre los choques y convulsiones gigantescas de las fuerzas de la naturaleza en estado aún bravío y en plena fuerza creadora y destructora.

Otra consideración teórica necesito hacer antes de abordar la materia o tema concreto de mi trabajo.

Entre los dones que Dios ha otorgado al poeta hay dos de la máxima importancia: el don de la imaginación y el don de la expresión. Podemos afirmar que un poeta para ocupar el rango de poeta genial, es necesario que posea en grado superlativo y excepcional el don de la imaginación y el don de la expresión, los cuales vienen a ser los dos polos entre los que gira el don supremo del poeta, el de la creación. El don de la imaginación sirve para establecer, milagrosamente yo diría, por medio de profundas semejanzas entre los seres, la unidad o, si queréis, la estrecha correlación entre todos ellos. El don de la expresión, por su lado, sirve al poeta para expresar en lenguaje figurado y en forma metafórica aquellas relaciones que la imaginación ha captado en el mundo infinito exterior e interior.

Verdaguer recibió de Dios el don supremo, esto es, la fuerza creadora en las dos manifestaciones que acabamos de señalar: la fuerza de la imaginación y la fuerza de expresión. Hoy dedicaré mi esfuerzo a demostrar, con *L'Atlàntida* en la mano, la soberana fuerza de la imaginación de nuestro gran poeta. Reservo para otro ensayo la demostración, documentada como la presente, de la genialidad de su don de expresión que campea principalmente en su lengua. Bastará por hoy haceros presente dos consideraciones, o mejor dicho, dos hechos. El primero, es que él fué el verdadero y el único fundador — recreador yo diría —, de la lengua literaria catalana. El segundo, es que la base de su verbo poético es esencialmente el mismo que él aprendió del pueblo, el que él mismo mamó de los pechos de su madre. El prodigio de elevar a lenguaje culto a un idioma rústico y abandonado durante siglos a los instintos de la naturaleza, sólo puede realizarlo el poeta genialmente dotado del don de la expresión.

Genial concepción de «L'Atlàntida»

En este ensayo sobre la imaginación genial de nuestro poeta hemos elegido como base una porción considerable (unas tres cuartas partes) de *L'Atlàntida* por ser entre sus obras la que contiene más pasajes demostrativos de su excepcional y originalísima fuerza imaginativa.

Dividimos nuestro estudio en dos partes: La imaginación del

poeta en la *concepción* del Poema y en segundo lugar en la *ejecución*, es decir, en la obra tal como él nos la dejó escrita.

L'Atlàntida vino a romper todos los moldes de la estética literaria corriente en su tiempo y se presentó al mundo de las letras como una creación épica totalmente original, en la cual el autor no tuvo para nada presente ninguno de los modelos anteriores en el género épico. Una prueba concluyente de esta aserción nos la suministra el examen de los elementos épicos que entraron en la concepción y en la composición del Poema. Estos elementos extraordinariamente heterogéneos, algunos de ellos soldados con muy deficiente soldadura, forman como un trenzado de temas épicos de la más diversa procedencia. Los resumiremos esquemáticamente.

1.° La tradición egipcia, recogida por Platón en el *Timeo* y el *Critias* sobre el hundimiento de un continente situado en lo que es hoy el océano Atlántico. 2.°, las leyendas de origen erudito sobre los primitivos pobladores de España, que constan en las antiguas crónicas de la península, entre las cuales resalta la de la venida de Hércules, el cual, por su unión con Hésperis, la reina de la Atlántida, salvada por el héroe griego del cataclismo y transportada a España, se convierte en padre de los héroes fundadores de las principales ciudades hispánicas. 3.°, una serie de personajes y leyendas desgajadas de la mitología griega, como son las gestas de Hércules, la expedición contra el monstruo Gerión y la conquista de las manzanas de oro; las ninfas Hespérides, hijas de Hésperos y nietas de Atlas; los Atlantes, hijos de Atlas en su lucha contra el cielo, y el dragón guardián del jardín de las Hespérides. Las leyendas de estos personajes mitológicos aparecen en el Poema diversamente alteradas y combinadas por el poeta, el cual también altera su genealogía adaptándola a la particular estructura de su concepción. 4.°, la tradición bíblica, sugerida a Verdaguer por la lectura de libros ascéticos, de los castigos infligidos por Dios a los pueblos prevaricadores. En este elemento judaicocristiano van involucradas la imagen de Dios vengador y las figuras de tres Angeles: el Angel exterminador, el Angel de la Atlántida y el Angel de España. 5.°, la lucha de las fuerzas de la naturaleza, desencadenadas, que forma la base geológica del Poema. 6.°, la historia del descubrimiento de América y la figura de Cristóbal Colón, que abren y cierran el relato épico. Así, por una parte, la leyenda del hundimiento de *L'Atlàtida* en labios del Ermitaño que recoge al náufrago Colón, es el estímulo que le da ánimos para lanzarse a la empresa; y por otro lado, la proeza de Colón descubriendo el Nuevo Continente

vuelve a unir las dos partes del mundo incomunicadas y separadas por el antiguo cataclismo.

Esta acusadísima heterogeneidad de los ingredientes que mezcló el poeta en su obra debió de constituir forzosamente un obstáculo enorme en la composición de su poema. Y para dar una pasable unidad a éste, Verdaguer tuvo que aguzar su ingenio hasta un grado indecible, alterando las figuras humanas tal como estaban representadas en la leyenda antigua o bien esforzándose en atenuar los rudos contrastes entre dos concepciones de la Divinidad tan opuestas e irreconciliables como las del paganismo y las del cristianismo.

Un ejemplo entre tantos que podríamos aducir. Hércules aparece en el poema no como un hombre, sino como un semidios, como un personaje perfectamente mitológico. El, un semidiós pagano se bastaba para realizar las más portentosas gestas. ¿Cómo puede convencernos el poeta de que el brazo de Hércules era el instrumento de un Dios que es Jeová y no el Júpiter Olímpico o el de su propia fuerza? Verdaguer tuvo que hacer una tremenda violencia a su imaginación forzándola para satisfacer sus creencias cristianas, a intentar un enlace imposible y absurdo entre dos concepciones de la Divinidad y de las relaciones entre Dios y el hombre tan opuestas como son la del paganismo y la del cristianismo.

Un caso semejante lo encontramos en el hecho de no haber consagrado a Hércules como el verdadero héroe de su concepción épica, lo cual requirió, como en el caso anterior, toda la potencia genial de su imaginación. Con los mismos elementos épicos que eligió el poeta para su obra, habría podido escribir un poema genuinamente nacional sólo levantando la figura de Colón a la categoría de héroe épico, centrando todo el interés en el descubrimiento del Nuevo Mundo, y haciendo que el cataclismo del hundimiento de la Atlántida fuese narrada por un personaje secundario. Es cierto que el ermitaño mismo tiene la función de narrar la leyenda del hundimiento y es en sus labios que el poeta pone la descripción del cataclismo. Pero la extensión del relato del ermitaño que abarca todo el poema, tiene el resultado de convertir la obra en una exaltación de pasmosas hazañas mitológicas sin ningún enlace visible con la proeza de Colón. Lo que hubiera tenido que reducirse a un canto hubo de ocupar toda la extensión del poema. De esta manera Verdaguer hubo de renunciar a la única solución clásica que le planteaba la muchedumbre incoherente de sus temas épicos.

El resultado de la solución escogida por nuestro poeta para la solución del problema que le planteaba la concepción por él elegida,

es digno de examen. En primer lugar, en este poema épico no existe héroe. Es innegable que *L'Atlàntida* tiene cierta unidad aunque precaria. Por lo menos el lector sale de su lectura con la impresión de que hay allí cierta unidad. Y esta impresión se apoya innegablemente en una realidad. Sin héroe, humano o divino, un poema puede tener cierta unidad. Y el caso es que *L'Atlàntida* tiene héroe, por más que cueste esfuerzo el descubrirlo. El verdadero héroe está presente y vivo en todos los Cantos del Poema. El héroe es la Naturaleza. En otras palabras, es Hércules, pero sólo como personificación simbólica de las fuerzas creadoras y destructoras de la Naturaleza, como dominador y ordenador de esas fuerzas a las cuales él infunde sentido, finalidad y armonía.

Y éste fué el resultado de la defectuosa concepción de *L'Atlàntida*. El poeta se encontró cara a cara con la Naturaleza, con la Gea, fuente eterna de energía constructora y destructora, ordenadora y desordenadora del Cosmos. No tuvo más remedio que resignarse a que del papel de héroe de su poema se encargase la Naturaleza. Y fué este inesperado y paradójico resultado el que puso a prueba, a dura prueba, la potencia creadora de su imaginación, porque el interés de la epopeya cosmogónica impuesta por su plan se concentró — digo mal — se diluyó en una interminable serie de descripciones de horrendos cataclismos en los que todos los elementos y fuerzas del Cosmos se agitan tumultuosamente en la más formidable y fantástica danza: Incendio de los Pirineos, Gibraltar abierto, la Catarata, lucha de los Atlantes contra el Cielo, el Hundimiento. Danza terrorífica que tiene solamente un paréntesis de poética calma en el Jardín de las Hespérides...

Verdaguer no retrocedió ante esta terrible perspectiva, impuesta por su concepción y su plan, y tuvo que exprimir su imaginación hasta la última gota, hasta un grado casi sobrehumano. Y su imaginación, puesta a la tarea, no sólo fué una titánica fragua de los más poderosos recursos para triunfar en su temeraria empresa, sino que fué un volcán que arrojaba en una constante y gigantesca erupción torrentes deslumbradores de imágenes y metáforas y de todos los recursos del lenguaje figurado y otros recursos inéditos, de nuevo cuño, originalísimos, jamás vistos en ninguno de los modelos de poesía épica que pueda mostrarnos la literatura universal en todos los tiempos.

GENIALIDAD EN LA EJECUCIÓN (LENGUA Y EXPRESIÓN) DE «L'ATLÀNTIDA»

La genialidad de Verdaguer, tan manifiesta en el plan y en la concepción de su gran poema, da muestras de la misma potencia creadora al plasmar su audaz concepción del Poema en verbo de poesía. La lengua de *L'Atlàntida* es todo un monumento. La lengua catalana recupera en sus estrofas todo el antiguo poder de expresión que había perdido. *L'Atlántida* es una cantera inagotable de todas las formas del lenguaje figurado que han inventariado y clasificado retóricos y preceptistas. No hay apenas estrofa que no sea rica en raros tesoros del lenguaje metafórico; y puede decirse que no hay ninguno de los principales tropos del lenguaje que no figure en una de sus estrofas. Improba y larga sería la labor de señalar en toda la extensión del poema las metáforas propiamente dichas, las catacresis, las sinécdoques, las metonimias, los símiles, las comparaciones, las gradaciones, los climax, los polisíndeton, las antítesis, las paradojas, las personificaciones, los epifonemas, las aliteraciones, las hipérboles, etc. Innumerables figuras de concepto y de lenguaje fluyen, vivas y ardientes, del estilo de Verdaguer, que las recoge de la hirviente catarata de su imaginación genial, creadora infatigable de una lengua poética de infinitos registros musicales y expresivos.

A continuación transcribimos pasajes escogidos de *L'Atlàntida,* debidamente clasificados según los grupos en que las preceptivas dividen los artificios y recursos del lenguaje figurado:

Dividiremos en siete grupos las principales muestras del lenguaje figurado que usa nuestro poeta en *L'Atlàntida:*

I. Comparaciones y símiles.
II. Metáforas.
III. Humanización de la naturaleza o naturaleza humanizada.
IV. Hipérboles.
V. Onomatopeyas.
VI. Espacio y tiempo ilimitados, indeterminados, imaginarios.
VII. Descripciones.

I. Comparaciones

El genial lenguaje metafórico de Verdaguer se revela del modo más brillante en la Introducción de *L'Atlàntida*.

La batalla naval de una nave genovesa con otra veneciana le sugiere no una, sino cinco soberbias comparaciones verdaderamente homéricas.

Primera comparación: las naves en lucha son como dos serpientes boas:

Van per muntar-se les tallantes proes,
com al sol del desert enceses boes,
per morir una o altra a rebolcons.

Segunda comparación: son como dos nubes de tempestad:

Així d'estiu en tarda xafogosa
dos núvols tot just nats, d'ala nègrosa,
s'escometen, al veure's, amb un bram.

Tercera comparación: son como dos formidables torres que se desmoronan:

Amb cruixidera i gemegor s'aferren,
com espatllades torres que s'aterren
trinxant amb sa caiguda un bosc de pins.

Cuarta comparación: son como un bosque de robles gigantescos, incendiados por mano del leñador:

Tal un racer de roures muntanyesos
en temps d'estiu pel llenyataire encesos,
de l'huracà al ruflet devorador,
fa ressonar per conques i cingleres
planys i crits i grinyols d'homes i feres...

Quinta comparación: Son como un cañaveral en un torrente desbordado:

damunt les naus, que cruixen i s'estellen
com un canyar dins esverat torrent.

Del Teide, único resto salvado del hundimiento de la Atlántida, dice el poeta:

Encara el Teide gita bocins de sa desferra,
tot braolant com monstre que vetlla un camp de mort.

El incendio de los Pirineos es como una inmensa serpiente:

Apar serpent immensa, d'escata vermellosa,
que a través de l'Europa, d'un mar a l'altre mar,
respirant fum i flames, passàs esgarrifosa
son cabell de guspires i foc a rabejar.

Las naranjas del Jardín de las Hespérides son como un cielo estrellado:

Com qui no ho sent, Alcides a fer-se dintre cuita,
vers on flairós lo crida, de fulles ab remor,
lo taronger, que sembla, groguíssima, ab sa fruita,
tot un cel d'esmaragdes amb sa estelada d'or

Otra vez la serpiente sirve al poeta como término de comparación en su descripción del incendio de los Pirineos. Pero más exacto es declarar que los siguientes versos son una continuación de la comparación iniciada más arriba:

Apar que la serp monstre per estrafê un cometa,
s'enarboràs amb ales d'incendis al cel blau.

En la estrofa siguiente cada verso lleva o una metáfora o una comparación:

I a tu, qui et salva, oh niu de les nacions iberes,
quan l'arbre d'on penjaves al mar fou submergit?
Qui et serva, jove Espanya, quan lo navili on eres,
com góndola amarrada, s'enfonsa migpartit?

Una bella comparación marinera es la siguiente:

Los turons que com arbres de nau, en lo naufragi,
cauran romputs, tremolen a cada sol ponent.

II. Metáforas

De metáfora poliédrica podríamos calificar la que usa Verdaguer refiriéndose a la Atlántida:

Era el jou d'or que unia les terres ponentines
i, cor de totes elles, com font del paradís,
los dava clares aigües a beure i argentines
i en sos immensos braços dormia el món feliç.

Lluvia de metáforas es la que el poeta derrama en esta estrofa:

Lo sol besa, aclucant-se, dels puigs la cabellera
que arrencarà, per fer-se'n molsós coixí, la mar;

apar llàntia expiranta damunt la capçalera
d'un gegantí cadavre que van a amortallar.

De la cadena de montañas que se extendía en lo que es hoy Estrecho de Gibraltar, dice:

Ab ella l'Arquitecte diví fermà tes ones,
Mediterrà, que esquerpes sortien de ton llit
per corre a un mar més ample, lleons vers ses lleones,
que amb sa platja forcegen frisoses a llur crit.

Otra catarata deslumbrante de metáforas admiramos en estas dos cuartetas:

Cauen d'esglai los homes, s'escruixen les muntanyes,
amb gran panteix espera quelcom d'horrible el món;
i al cop esportellant-se la serra, ses entranyes
mostra al sol, que entre boires per sempre se li pon.

S'estimba amb castells d'aigua l'esllavissada serra
i al cru espetec s'esquerda l'Atlàntida trement;
los estels, dalt, aguaiten si esclata en llamps la terra,
la terra si amb sos astres li cau lo firmament.

La voz de Dios, se deja oír declarando a Alcides cuál será su misión:

Serà ta clava, Alcides, sa enterradora aixada;
per ço fosser de pobles i mons, jo et guio ací.

En una terrible metáfora, hace exclamar a Dios hablando a Alcides:

L'Europa tu arrencares de l'Africa; les dues
dels braços de l'Atlàntida, d'un cop jo arrencaré;
i a aqueix corc de la Terra, sos fills i filles nues,
del déu que adora, als poltres per grana llençaré.

III. Humanización de la naturaleza, Naturaleza animada

Verdaguer personifica todos los fenómenos naturales, infunde vida consciente y humana a toda clase de accidentes y dota de voz y lenguaje a montes y ríos, mares y astros, países, ciudades y continentes. Veamos algunos ejemplos:

El poeta personifica a la Atlántida en estos magníficos versos:

Tu sola dorms embriaga, de l'Occident, oh Reina,
No et sents desfer a trossos, l'abim glatint-te ensems?

No veus al cel un glavi de foc que es desembeina?
Cau de genolls i prega. Mes, ai, no hi ets a temps!

Verdaguer dice de Alcides:

Brandeja ab mà ferrenya l'espasa flamejanta
que romperà en lo dia darrer lo pern del món,
i, escamarlat damunt la víctima geganta,
peu ençá, peu enllà, l'hi descarrega al front.

Una impresionante humanización de la naturaleza encontramos en los siguientes versos:

Sota el mantell de flames que l'huracà flagella
la terra dolorida gemega com un cor.

Europa llora el hundimiento de la Atlántida:

Semblava viuda dir-li: Oh Atlàntida, ont ets?
Com solia ahir vespre m'endormisquí en tos braços
i avui los meus no et troben, d'esgarrifança freds.

Entre los versos más sublimes del poema, hemos de citar los siguientes, en los que la personificación de la Atlántida está concentrada en el gesto de un dedo:

Li carregà feixuga l'Omnipotent sa esquerra;
el mar d'una gorjada cadavre l'engolí,
restant-li sols lo Teide, dit de sa mà de ferre,
que sembla dir als homes: L'Atlàntida era ací.

No sólo la Naturaleza, sino también las ciudades quedan plasmadas en bellas alegorías humanas, como ésta de Tarragona. Dice hablando de Hércules:

S'embarca, i prompte al veure'l passar Tarraco antiga
tanca el vell mur que els cíclops li daren per cinyell
i abraçada amb sa llança i escut, sembla que diga:
Són de colós sos muscles, mes jo em batria amb ell.

Europa y Libia son niños pequeños que enlazan sus manos con la Atlántida:

Semblava que, geloses, del món a la pubilla
Europa i Líbia dassen, com nois petits, les mans.

Descripciones antropomórficas de la Atlántida:

Fou lo gègant que pinten amb tot l'Olimp en guerra;
l'ixent sol amb sos braços tocava i lo qué es pon;
i, no content d'estrènyer, com dintre el puny, la terra,
d'estels volgué pujar-se'n a coronar son front.

Geganta jo engrapava com mà de Déu la terra
amb l'Atlas, Serra Estrella i els Pirineus per dits;
i un vespre, obrint ses boques, l'abisme fosc m'enterra,
los elements tots quatre dansant sobre mos pits.

Personifica a la Tierra como un ser animado:

Fórem gegants ..... nostra alenada
féu suar a la terra de por i ploure sang.

IV. Hipérboles

Tratar de inventariar las hipérboles esparcidas por *L'Atlàntida* sería inútil empeño, porque no sólo todas sus cuartetas están cuajadas de las más formidables hipérboles, sino porque podríamos decir que toda la concepción y toda la ejecución del poema es una trepidante, una inmensa hipérbole. *L'Atlàntida* es la visión del Cosmos en la superplenitud de su fuerza creadora y aniquiladora. Hipérbole en la concepción, en la plasmación poética, y en el mismo lenguaje, maravillosamente adaptado a la sublimidad sin igual de la convulsión con que la mano del Omnipotente agita como un juguete las fuerzas formidables de la Creación.

Hércules, después de la muerte de Pirene, le erige un nunca visto mausoleo:

I esmerletant de timbes i grops aquelles terres,
escrestant les muntanyes, llevant als puigs lo front,
un mausoleu alçà-li de serres sobre serres
que mal arrestellades fan gemegar lo món.

Con un lenguaje esmaltado de las más grandiosas hipérboles y metáforas, el poeta describe la descomunal lucha de Alcides y los Atlantes en esta cuarteta:

Los fills de les muntanyes s'hi lliguen, seglars roures,
com ells de bona saba, d'arrel arrabassant,
i avets que vergassegen los núvols al remoure's,
com braços de la terra lo cel abraonant.

En el pasaje que sigue, Verdaguer describe en términos hiperbólicos los efectos de la furia sobrehumana de Hércules valiéndose de la comparación de una gran tempestad en la alta montaña:

Heu vist a l'huracà, que escombra cel i terra,
llevar la neu, boscúries i rocs als Pirineus,
i en revolví a l'endur-se'ls amb algun cap de serra
fer remuntar les aigües d'un riu fins a ses deus?

En el ejemplo que sigue es de notar que el lenguaje del poeta, intensamente hiperbólico, adopta formas de expresión netamente populares:

Allà aboca ses ires on més arreu pot batre;
empeny, romp i arrossega, com estimbat torrent.
Los guerrers de cap d'ala cauen de quatre en quatre,
lo rebuig, com espigues de blat, de cent en cent.

Lo hiperbólico reina soberanamente en esta cuarteta que sigue, en la que la imaginación de Verdaguer estalla en metáforas de gran poder sugestivo:

Mes està escrit: un vespre del mar la cadireta
sols per rentar l'Atlàntida d'un crim, s'aixecarà,
i per penjar al sostre son llit, una oreneta
no trobarà en tota ella prou terra l'endemà.

La hipérbole llega ya más allá del límite de la imaginación, cuando dice:

Mira allí com ses ales hi eixampla el simoún;
lo torb de l'equinocci surt més enllà a combatre
i el mar s'espanta al veure's d'un altre mar damunt.

V. Onomatopeya

Verdaguer se distinguió entre todos los poetas, como ya hemos dicho, por la genial potencia creadora de su imaginación y por el dominio también genial de la expresión poética, dominio insuperable que le permitió restaurar él solo, esto es, recrear, la lengua catalana en forma digna y monumental. *L'Atlàntida,* es, entre todas sus obras, aquella en la que más puede apreciarse y admirarse su arte insuperable de plasmar en nuevas formas la fuerza expresiva de la lengua catalana ya en los comienzos de su despertar literario, lengua aún balbuciente y vacilante en la pluma de los primeros poetas del Renacimiento.

Ese dominio, ese poder creador del que Verdaguer nos da tantos y tan elocuentes pruebas, resplandecen en la abundancia y en el acierto con que aplica en los momentos oportunos que le brinda el tema del hundimiento de la Atlántida, la armonía imitativa, en otras palabras, la onomatopeya. Efectivamente, su poema rebosa materialmeente de onomatopeyas con las que mediante una combinación de inspiradas aliteraciones refleja con acierto el sonido, el ritmo, el movimiento en imágenes acústicas de su lenguaje poético o la impresión visual o auditiva del objeto. Sería interminable ofrecer al lector la larga serie de versos y estrofas de *L'Atlàntida,* que son prodigios de armonía imitativa. Con unos pocos ejemplos habrá bastante para apreciar este aspecto tan interesante del arte poético de Verdaguer:

Sonidos suaves (descripción de la Atlántida):

y ragen fins a escorre's les abocades urnes
en rierons aurífics de virginal rossor

No hi ha sorrenques vores ni rònegues carenes,
tot l'herba ho encatifa rosada a bla ruixim,
gronxant-hi entre lianes de nuadisses trenes
la palma escabellada son ensucrat raïm,

Rierpnets hi llisquen i fonts arruixadores,
llurs aigües adormint-se sovint entre les flors,
mentre eixes mig desclouen los llavis a ses vores
per dar a les abelles lo nèctar de sos cors

Sonidos fuertes (impresiones acústicas, violentas, atronadoras):

Lo carro sotraqueja dels trons eixordador

i roda com un carro el tro de guerra

Ronc tro de trons suspèn a l'estimbar-se
cingles i mars

Oh! atolla en sa rodera lo carro de sa glòria

Espignet de la trompa que als mons en sa agonia
cridarà a l'espantable juí del Creador,
sa veu desbota rústega pel cèl, que s'incendia,
com de cent rpdants carros traqueig retronador

Permitidme añadir a estas onomatopeyas de *L'Atlàntida* otras no menos impresionantes que se hallan en el *Passatge d'Aníbal* del poema *Canigó.*

Feixugues s'arrosseguen les màquines de guerra,
com si rodant caiguessin esberles de la serra;
i, fent cada rodada trontollejar la terra,
roseguen amb llurs rodes la roca de Montbram

Otros versos admirables son éstos:

De prompte se sentiren remors en la collada,
com d'un torrent quan ronca venint la torrentada;
la borinor s'acosta, rodola la tronada
i en la serena riuen del Pirineu los ports.

VI. Sentido del tiempo y del espacio; tiempo y espacio abreviados, indeterminados, imaginarios, convencionales

Los hechos, los episodios de *L'Atlàntida,* no sólo no están sujetos a la medida humana, sino que puede afirmarse que se suceden unos a otros independientemente de horarios y de distancias. Es un mundo en que no existen medidas geográficas, en que podríamos decir que no existe geografía. Es en todo caso una geografía confusa y gigantesca en que los cataclismos más colosales estallan en masas ciclópeas de montes innominados, extendidas en espacios inconmensurables, en los que no sabemos la hora, ni el día, ni el año en que se producen. El espacio en *L'Atlàntida* es puramente quimérico, sin itinerarios más o menos fijos. Hércules se traslada con una rapidez portentosa de unos a otros lugares conocidos, a pesar de estar distantes, a veces, miles y miles de leguas. Podríamos afirmar que las únicas medidas de espacio y tiempo que encontramos en el Poema son el espacio y el tiempo ínfimos de una o dos cuartetas. El viajero que recorre tan velozmente estas enormes distancias es Hércules, fantástico andarín, que así puede hacerlo porque va empujado por la misma fuerza de la enorme imaginación del poeta, para la cual no había límites ni barreras. En ningún otro poema épico la imaginación de un poeta ha volado con tan soberana libertad como la de Verdaguer en su gran epopeya.

Pondremos algunos ejemplos.

El poeta no nos indica ni remotamente el lugar donde Hércules encuentra a Pirene, a Hésperis, a los Atlantes, el lugar donde éstos levantan su atrevida torre, etc. No fija ni aproximadamente el lugar donde se produjo el terrible incendio de los Pirineos.

Las indicaciones geográficas del poeta sólo se refieren a formidables masas de montañas. Y el Pirineo está cabalgado por otro Pirineo de brasas.

I el que entre Espanya i França torreja, mur de roca,
de neu i de tempesta vestit, com braç de Déu,
de l'estrellada tenda los blancs domassos toca,
muntat d'altre de brases horrible Pirineu.

Hércules empieza su itinerario nada menos que en la Provenza, junto al Ródano. Llega a los Pirineos incendiados, encuentra a Pirene, la salva, no se sabe dónde.

Pirene, lluny dels homes, vivia allà, dels óssos
i llops en lo feréstec, rellent amagatall.

Entra en España, por Cabo de Creus. Ha empezado su fantástico viaje de un cabo a otro de la península. Del cabo de Creus va a Gerona, pasa por Barcelona, llega a Tarragona, sigue por las bocas del Ebro, ve las Columbretes, la ribera del Turia, Valencia, Murcia, Almería, y llega a Gades, donde se muestra al monstruo Gerión. Va de Gades a La Atlántida, vuelve a Gades:

traspassa els rius, tramonta les serres a més corre,
fins que dels camps de Gades trepitja el sec rostoll.

VII. Descripciones

Verdaguer sobresale en lo que puede parecer paradójico, esto es, en el arte de describir espectáculos imaginarios, indescriptibles. Indescriptibles por ser, sencillamente, soñados por su imaginación delirante. Sus descripciones en *L'Atlàntida* son evocaciones de un mundo irreal, construídas con elementos del mundo real y visible, pero elevados a dimensiones gigantescas. Lo sublime se obtiene con una simplificación radical de la realidad, porque el poeta elimina siempre de su visión sublime todos los accidentes, todos los pormenores, todos los matices para acentuar solamente las notas esenciales del espectáculo, las que impresionan directa e inmediatamente nuestros sentidos. En las descripciones de espectáculos sublimes de *L'Atlàntida* el procedimiento simplificador salta a la vista, tanto si las descripciones son estáticas o dinámicas, plácidas, idílicas y serenas o turbulentas, amenazadoras y violentas. Ejemplos de las primeras abundan en los textos verdaguerianos que antes os he leído. Así me limitaré a citar dos bellas estrofas de la maravillosa descripción de la capital quimérica de la Atlántida, que son un modelo de las del segundo grupo:

Vestida, emmirallant-s'hi, de pòrfir i de marbres,
entre els dos rius, com feta de borrallons de neu,
mig recolzada a l'Atlas i a l'ombra de sos arbres,
de l'Ocident cofada la Babilònia sèu.
Allà d'allà, per entre falgueres gegantines,
de sos menhirs i torres blanqueja l'ample front,
de marbres sobre marbres piràmides alpines
que volen amb llurs testes omplir lo cel pregon.

Verdaguer en este punto no hace más que seguir el modelo que nos presentan todos los grandes monumentos de la poesía sublime. Recordad las descripciones de la presencia de Jehovà en el Sinaí ante Moisés, las descripciones de las terribles calamidades que profetiza Isaías, las páginas de oro sobre las sublimes ternuras y efusiones de los amores de Sulamitis en el *Cantar de los Cantares,* las visiones grandiosas de la nueva Jerusalén, en el Apocalipsis. Quien recuerde estos modelos, a los que podríamos añadir los de Dante y Milton en sus poemas, no se atreverá a censurar como un defecto la simplificación con que Verdaguer pinta con pocos y enérgicos trazos las sublimes visiones que nos dejó en su magno poema. Lo sublime es por excelencia la nota característica de la manifestación de la Divinidad. Y siendo Dios lo simple, lo uno por esencia, toda visión, todo espectáculo sublime ha de participar de esa simplicidad, de esa unidad.

Creo, queridos oyentes, que he demostrado hasta la evidencia la genial calidad de la imaginación de nuestro gran poeta. Genial por su potencia creadora y por su fabulosa riqueza. Tengo fundamento para afirmar que no hubo en el siglo pasado, al que pertenece la composición de *L'Atlàntida,* ningún poeta dotado de una imaginación tan portentosa y tan fecunda como la que demostró poseer nuestro gran poeta. Ni Víctor Hugo ni Edgar Poe pueden competir con el autor de *L'Atlàntida,* en potencia creadora y en fecundidad inagotable de imaginación. *L'Atlàntida* apareció como un portento nunca visto ya desde el primer momento. Al difundirse su conocimiento por España y todos los países cultos, fué recibida con el asombro con que se acoge toda obra de arte que por una u otra cualidad rebasa la medida común. Añadid otra nota que reforzó aún más esta sensación de asombro. El autor de esa maravilla era un humilde labrador, un hijo del terruño cuando la concibió y la empezó a escribir. Todas estas consideraciones me impelen a saludar *L'Atlàntida* con esta exclamación: *L'Atlàntida* fué el gran milagro de la poesía del siglo XIX.